

Reseñas

MILLONES, Luis. *Después de la muerte. Voces del limbo y el infierno en territorio andino*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010, 210 páginas.

Etnografía en los infiernos

Una confusión común en las conversaciones cotidianas es identificar arqueología con antropología. Los resignados antropólogos suelen aclarar de diversas maneras que ambas son disciplinas distintas y que, en la antropología, los informantes suelen estar vivos. Estas afirmaciones no son aplicables para el último libro del antropólogo Luis Millones: *Después de la muerte. Voces del limbo y el infierno en territorio andino*. El libro puede entenderse como un diálogo permanente entre diferentes textos e informantes, donde la arqueología se integra a la etnografía y en el que los protagonistas descritos suelen estar fuera del usual territorio de los vivos. El libro, entonces, se presenta como una arenga al método comparativo de la antropología y el espectro de análisis se amplía. La diversidad de los informantes nos obliga a viajar a diferentes áreas de estudio, desde Carhuaran y Sarhua en Ayacucho para entender los rituales con la muerte de niños, hasta Chimbote como área de urbanización moderna por siempre preferida por los duendes, o hasta Piura para, en Ypatera, entender de la mano del poeta Fernando Barranzuela el origen de los angelitos en un hermoso cumana:

*Cuando un negrito muere
Se va al cielo derechito
Porque Diosito así lo quiere
Para hacerle un angelito.*

Pero los ángeles —y esto lo aprendemos a través de las múltiples comparaciones presentadas— no solo cobran forma convencional sino que pueden estar encarnados en los colibríes, según la concepción de la etnia shiwilu del Alto

Amazonas, colibríes también asociados a dioses mesoamericanos, tal vez también divinidades aladas moches o mensajeros que interceden entre el mundo de los vivos y el Más Allá, como reza el huayno huancavelicano:

*Picaflor que vuelas por las alturas
Lindo pájaro de pico de flores
Préstame tu piquito
Para escribirle a mi hijo.*

Aquí radica la hermosura del texto, y es la de entender que el arte, especialmente en un tema siempre desafiante, entra en diálogo con el trabajo etnográfico y con los informantes. No es entonces extraño encontrar en el texto cómo la saga homérica, la epopeya de Gilgamesh, los hermanos Grimm y Dante puedan entrar en diálogo con el texto de Huarochirí, las concepciones andinas sobre los duendes en Cusco, Áncash y Apurímac y lo que los informantes piensan del destino de los niños que mueren sin ser bautizados en el norte del Perú.

Aquí el autor nos deja sembrada una interesante perspectiva que quisiéramos ver con más desarrollo en futuros trabajos, y es la dinamicidad de este espacio a la que la tradición ha llamado purgatorio y el recientemente derogado limbo. En realidad, más que un espacio definitivo, pareciera que estos espacios han sido reinterpretados en el territorio andino como un espacio de carácter liminal que genera una comunidad de almas que, siguiendo la reflexión de Millones, se presenta como un espacio adicional donde continúa un proceso del que el individuo tiene agencia y en donde puede acumular acciones para continuar a nuevos niveles, ya sea de vuelta al mundo de los vivos o siguiendo la línea hacia el espacio celestial.

La segunda parte del libro puede leerse independientemente y está referida a las concepciones del infierno en el territorio andino y de la costa norte del Perú. Llama la atención que, en muchos casos, el infierno pueda ubicarse en el mapa, al punto que nuestro autor sigue las coordenadas que dan en la costa norte, y, desoyendo las advertencias, llega ahí en mototaxi, recogiendo en el camino al averno las percepciones que pintan la imagen de los infiernos locales y sus condenados. Si los informantes de Millones están en lo correcto, igual que el purgatorio, el infierno pareciera ser una parada adicional en un constante devenir, como ilustra una narración citada de Arguedas, donde un condenado persigue y captura a un viajero desventurado que es arrojado al horno: «Allí los cocieron; ya cocido, el condenado se convirtió en alma humana, y salió de entre el fuego.

Paloma al cielo se voló». Nuevamente el infierno pareciera no tener puertas definitivas y responde a un espacio en el que uno se puede mover y hacer méritos hacia fuera, y en una interesante paralelo con los contextos sociales, no es raro encontrar, consumiéndose en las llamas, desde hacendados abusivos hasta modernos narcotraficantes.

El libro también puede leerse como una obra estética, no solo por la presentación impecable de papel couché y fotos extraordinarias, sino por el diálogo que plantea entre las imágenes, como las concepciones de infierno graficadas por Guamán Poma o las hermosas y aterradoras alegorías en las iglesias de Huaros y Andahuaylillas, pues así como en el caso del purgatorio y en casi todo, los artistas se adelantan a los antropólogos en reportar los sentimientos y percepciones de cada época, aunque en muchos casos el infierno pareciera ser solo una continuación de las condiciones de la vida social. El autor reflexiona constantemente no solo en las desventuras de la población andina en el pasado sino sobre las bases materiales y cifras que dan lugar a que la muerte sea un tema constante con cifras de 2008 escandalosamente altas de mortandad infantil, desnutrición y falta de servicios básicos en todos los sitios en donde las etnografías del libro toman lugar.

Es un libro ambicioso y bello, abre puertas para investigaciones posteriores y nos deja reclamando por mayores detalles que el autor sacrifica en pos de abarcar mayor cantidad de áreas geográficas de investigación, pero nos da una idea de cómo la existencia ha sido construida culturalmente como un constante devenir poblado de angelitos, picaflores, aparecidos y mucha esperanza.

Alexander Huerta-Mercado